

PABLO MARTÍN SÁNCHEZ

DIARIO DE UN VIEJO
CABEZOTA

(REUS, 2066)

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2020 by Pablo Martín Sánchez
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

El autor ha recibido una ayuda de la Fundación Jan Michalski
y de la Villa Marguerite Yourcenar

ISBN: 978-84-17902-42-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 17 612-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para los reusenses pasados, presentes y futuros.
Y para aquellos que, sin ser de Reus, casi lo parecen.*

Para Teresa.

Las tramas ambientadas en el futuro tratan de las cosas que asustan en el presente. En realidad, no tratan sobre el futuro.

LIONEL SHRIVER,
Los Mandible

En determinadas circunstancias, puede pasar cualquier cosa en cualquier lugar.

MARGARET ATWOOD,
El cuento de la criada

NOTA DE LOS EDITORES

Siempre hemos creído que el rasgo que define a un buen editor es la discreción, la capacidad de hacerse invisible en el proceso de intermediación entre el autor y sus lectores. Por ello, no somos demasiado partidarios de incluir en nuestros libros notas, introducciones o epílogos, que lo único que generan en la mayoría de los casos es, por recuperar una expresión en desuso, «ruido comunicativo». No obstante, el texto que aquí presentamos y con el que inauguramos la colección «Documenta» supone una excepción, no solo por su carácter testimonial y su origen manuscrito, sino porque no fue concebido para ser publicado, lo que exige algunas explicaciones.

Debemos agradecer, en primer lugar, la generosa e inestimable ayuda del IISG (Instituto Internacional de Historia Social, con sede en Ámsterdam), donde se encuentra depositado el legajo, bajo la signatura Man Ib 87/11. Sin la exquisita profesionalidad de sus trabajadores, siempre atentos y solícitos, nos habría resultado imposible transcribir los más de doscientos folios que conforman el *Diario de un viejo cabezota*, así como escanear las distintas imágenes e ilustraciones que acompañan al texto. Agradecimiento especial merece su equipo de expertos, capitaneado por la doctora Ingeborg Schøller, que confirmaron la autenticidad del manuscrito.

A continuación, debemos aclarar que el legajo no lleva ningún título, por lo que la responsabilidad de la elección es exclusivamente nuestra. Somos conscientes de que titular es, en cierto modo, concluir y asumimos la decisión con todas sus consecuencias. No faltará quien con-

sidere la expresión «viejo cabezota» excesivamente coloquial, frívola o trasnochada. Pero si hemos decidido utilizarla es porque aparece varias veces a lo largo del texto y nos ha parecido la mejor muestra de fidelidad hacia el autor y su estilo.

La autoría y la datación son, precisamente, dos cuestiones que no podemos soslayar. En el catálogo del IISG, el documento aparece marcado con las abreviaturas n.d. (*no date*) y u.a. (*unknown author*), tanto por el origen anónimo de la donación como por la ausencia de firma y fecha en el manuscrito, lo que legitima la decisión según criterios estrictamente bibliográficos. Sin embargo, un somero análisis del contenido nos permite afirmar que el diario fue escrito por Pablo Martín Sánchez, autor menor de principios del siglo pasado, entre el 24 de junio y el 30 de septiembre del año 2066, durante los últimos meses del *big black-out* que asoló la península como consecuencia del Acuerdo de Estrasburgo. Cabe decir que tras haber intentado localizar sin éxito a sus legítimos herederos, hemos obtenido el permiso de la ISRA (International Society for Rights of Authors) para su publicación.

Por último, conviene aclarar que esta edición está dirigida al gran público, por lo que carece del andamiaje propio de las obras especializadas. Por ello, nos hemos tomado la libertad de corregir erratas, enmendar faltas, añadir cursivas, completar abreviaturas e interpretar pasajes oscuros sin recurrir a unas notas que habrían lastrado irremediablemente la lectura (con la única excepción de los escasos pasajes en lenguas distintas al castellano, que hemos optado por traducir a pie de página). No obstante, hemos respetado la decisión del autor de integrar los diálogos en el cuerpo del texto sin usar comillas u otras marcas indicativas del carácter dialógico de los fragmentos. Pedimos disculpas de antemano si ello dificulta la lectura en un pri-

NOTA DE LOS EDITORES

mer momento, pero estamos convencidos de que el lector no tardará en habituarse.

LOS EDITORES

Ginebra, octubre de 2108

Jueves, 24 de junio

Saltar una hoguera de San Juan es una temeridad. Hacerlo a mi edad, un despropósito. Anoche me esguincé el tobillo y hoy empiezo este diario como en los viejos tiempos, a la luz de una vela y con el pulso trémulo, desentrenado. Lo llamo diario impropriadamente, y no porque no tenga el firme propósito de escribir todos los días mientras esté postrado en esta cama del antiguo pabellón de epilépticos, sino porque lo hago en las hojas en blanco del libro que la doctora Lourenço me ha traído esta tarde para que me distraiga: el *Diario de un loco* de Gógol. Supongo que lo ha escogido al azar (más allá de la ironía de encontrar un libro como este entre los volúmenes apolillados de lo que fuera la biblioteca de un manicomio), pero el azar es caprichoso y si en vez de traerme el *Diario de un loco* me hubiese traído las *Confesiones* de Rousseau, tal vez ahora estaría escribiendo unas memorias y no un diario. Ha sido empezar a leerlo y sentir el deseo de aprovechar el ostracismo al que me veo condenado para dejar constancia de los tiempos convulsos en que vivimos. Me propongo convertirme en escribano del paso insobornable de los días, haciendo mía la máxima horaciana: *nulla dies sine linea*. Aunque si algún día no escribo, tampoco me haré el harakiri: ¿acaso no fue el propio Horacio quien dijo que incluso el bueno de Homero se dormía de vez en cuando?

Viernes, 25 de junio

Esta mañana la doctora Lourenço ha venido a traerme algo de ropa y le he pedido que me bajara más libros del altillo,

tantos como pudiera. La he oído trajinar en el piso de arriba y ha bajado al cabo de unos minutos con media docena de libros. Espero haber acertado, ha dicho. Como no conozco tus gustos, he escogido los que estaban en mejor estado, algunos llevan ahí más de veinte años. Pues menudo banquete se habrán dado las polillas, le he dicho a modo de agradecimiento. No me he atrevido a confesarle que no los quiero tanto para leerlos como para escribir un diario en las páginas de cortesía, pero al menos he conseguido arrancarle una sonrisa, que es lo mínimo que puedo hacer para agradecerle sus cuidados.

Cuando se ha ido, he cogido el lápiz de carpintero que usa para apuntar mi temperatura en la mesilla, dispuesto a cumplir la promesa de escribir todos los días al menos una línea, una máxima que ayer atribuí al bueno de Horacio y que hoy, al despertarme, he caído en la cuenta de que era de Plinio el Viejo. He tenido la tentación de corregirlo, pero luego he pensado que este diario debe servir también para dejar constancia de los errores, y no porque crea—como decía Paul Klee—que el genio es el error dentro del sistema, sino porque si escribo estas líneas es con la esperanza de que puedan servir a las generaciones futuras para entender cómo vivíamos en los tiempos del Gran Apagón, una época donde el menor de los errores es, sin duda, confundir a Horacio con Plinio el Viejo. Pero me doy cuenta de que estoy dando por sentadas demasiadas cosas y que esas generaciones futuras a las que aludo fruncirán el ceño si algún día llegan a leer estas páginas. ¿Habrán oído hablar del Gran Apagón? ¿Se estudiará en la escuela o lo habrán omitido de los planes de estudio? ¿Sabrán quiénes fueron Paul Klee o Plinio el Viejo? ¿Sabrán lo que es un libro impreso? Pero esto no es un tratado de historia, así que no busquéis, improbables lectores del futuro, lo que no tengo intención de daros. Si he decidido escribir este diario es, sencillamen-

te, porque siento que el mundo que he conocido llega a su fin, y me gustaría dejar constancia de su existencia antes de que sea demasiado tarde y ya no quede nadie para contarlo.

Creo que fue Vlado quien tuvo la idea de la verbena. Que yo sepa, aquí nunca se habían hecho hogueras de San Juan, ni cuando el Pere Mata era un centro siquiátrico (dejémosnos de eufemismos: un manicomio, un frenopático), ni cuando se utilizó como hospital militar, ni en los últimos años, cuando ha estado funcionando como residencia de ancianos y mutilados de guerra (de hecho, aunque todo el mundo lo siga llamando Pere Mata, su nombre oficial es Residència Ciutat de Reus per a Gent Gran i Víctimes de la Guerra). Supongo que si no se hicieron nunca verbenas fue por motivos de seguridad, un argumento que hoy, más que ridículo, parece una broma de mal gusto. Cuando llevamos meses sin luz y ya no queda fuel para alimentar los grupos electrónicos; cuando nos turnamos para hacer rondas de vigilancia y siempre hay alguien apostado en lo alto de la torre del agua; cuando tenemos que racionar la comida, las pilas y los medicamentos; cuando se ha agotado el papel higiénico y el alephone no es más que un vestigio del pasado; cuando cualquier presencia humana en un kilómetro a la redonda supone una amenaza, ¿qué motivos de seguridad podrían esgrimirse para no encender un fuego la víspera de San Juan?

Vlado fue el primero en saltar, cuando las llamas estaban en su apogeo. Justo después saltó Unai y más tarde Gustau, que esperó a que el fuego le llegara a las rodillas. Incluso se atrevieron Paula y Jaume, cogidos de la mano, ella con su embarazo y él con su pierna ortopédica. Separada unos metros del resto, la doctora Lourenço se llevaba las manos a la cabeza. ¿Y si saltamos nosotros también?, me susurró Bruno al oído cuando parecía que nadie más se iba a ani-

mar. Las llamas se habían convertido en brasas, no parecía más complicado que sortear un charco. Si tú saltas, yo salto, me dijo. Salto si tú saltas primero, le respondí. Nos miramos a los ojos a través de la oscuridad, en un fingido desafío que me recordó al que tuve con mi amigo Alex (lo escribo así, sin acento, porque es como a él le gustaba escribirlo), hace más de sesenta años, un desafío que terminó de madrugada en las aguas insalubres del puerto de Barcelona. Esta vez no hubo empujón: Bruno aceptó el envite y saltó, recibiendo como recompensa una salva de hurras y aplausos. No tuve más remedio que saltar a continuación: tomé carrerilla, avancé resueltamente, me impulsé, sobrevolé las brasas, pisé mal, se me dobló el tobillo izquierdo y caí al suelo aullando de dolor. Por suerte habíamos encendido la hoguera en el ángulo que forman el pabellón 15 y la capilla, y pudieron traerme hasta la enfermería a la sillita de la reina. La doctora encendió su linterna de dinamo y guio a los que me transportaban hasta el primer box. Me envolvió el tobillo con la última bolsa de hielo instantáneo que quedaba y me dio un antiinflamatorio, maldiciendo a la vez la estúpida ocurrencia de Vlado y mi falta de pericia en la popular disciplina del salto de hoguera.

Tras pasar la noche en DICE (descanso-hielo-compresión-elevación), ayer me inspeccionó mejor a la luz del día y el diagnóstico fue desalentador (aunque necesariamente aproximativo, a falta de resonancia magnética que lo confirme): rotura parcial de grado 1-2 del ligamento peroneo astragalino anterior, mayormente conocido en la jerga matasana por sus siglas LPAA. Tiempo de recuperación: de cuatro a seis semanas. Como ya no tengo edad para andarme con remilgos, dejé que me ayudara a quitarme los pantalones antes de hacerme un vendaje compresivo. Lo que no esperaba es que el contacto de sus manos con mi piel fuera a provocarme una erección.

Sábado, 26 de junio

Ayer tuve que dejar de escribir porque entró la doctora Lourenço a traerme la cena: un tomate en rodajas (el último que quedaba en la tomatera) y un óvalo de pescado (ventajas de estar convaleciente: el fósforo va bien para las articulaciones). La verdad es que nunca he entendido por qué los llamamos óvalos si son tridimensionales, supongo que porque nadie los comería si se llamaran elipsoides. En todo caso, mucho mejor que síntex, cracketas o hiperhuevos, que de todo he oído en la viña del Señor.

Cuando terminé de cenar, llegaron Bruno y Gustau con una sorpresa: la vieja mesa de ajedrez del pabellón de los Distinguidos. Bruno se quedó hasta que se hizo de noche, pero Gustau se fue enseguida porque le tocaba guardia, no sin antes anunciarme que había encontrado una silla de ruedas manual en el pabellón 13, cubierta de polvo y oxidada, pero utilizable tras un buen remozado. Me irá de perlas, pues la doctora me ha prohibido las muletas: esta mañana me he caído al ir al baño y ahora tengo que convivir con un estigma llamado cuña.

Por la tarde han venido a verme Bertha y Elsa, y más tarde Linda, que ha insistido en tirarme las cartas. El resto del día lo he pasado dormitando, no sé si por efecto de los antiinflamatorios o para que se me pasara el mal humor. La verdad es que no tenía muchas ganas de escribir, pero al menos he cumplido con la máxima de Plinio el Viejo.

Domingo, 27 de junio

Tengo que reconocer que los días que siguieron al Gran Apagón fueron extraordinarios. Quedábamos todavía una treintena de personas en el Pere Mata, incluidos varios tra-

bajadores, cuando se fue la luz y se activaron los grupos electrógenos. Pero el fuel apenas duró un par de días y entonces llegó el desconcierto, la impotencia, el desaliento, sobre todo entre los más jóvenes, los nativos digitales de segunda y tercera generación, los que no sabían escribir a mano ni usar un abanico, los que no conocían los juegos de mesa ni los libros de papel. De pronto se encontraron huérfanos, sin saber qué hacer, contemplando absortos durante horas sus alephones apagados, esperando a que volviera la luz como quien espera que llegue la lluvia tras un tiempo de sequía. Bruno y yo los mirábamos pasar como zombis pusilánimes, mientras jugábamos nuestra habitual partida de ajedrez. La mayoría no tardó en irse, prefirieron el destierro a la vida *unplugged*.

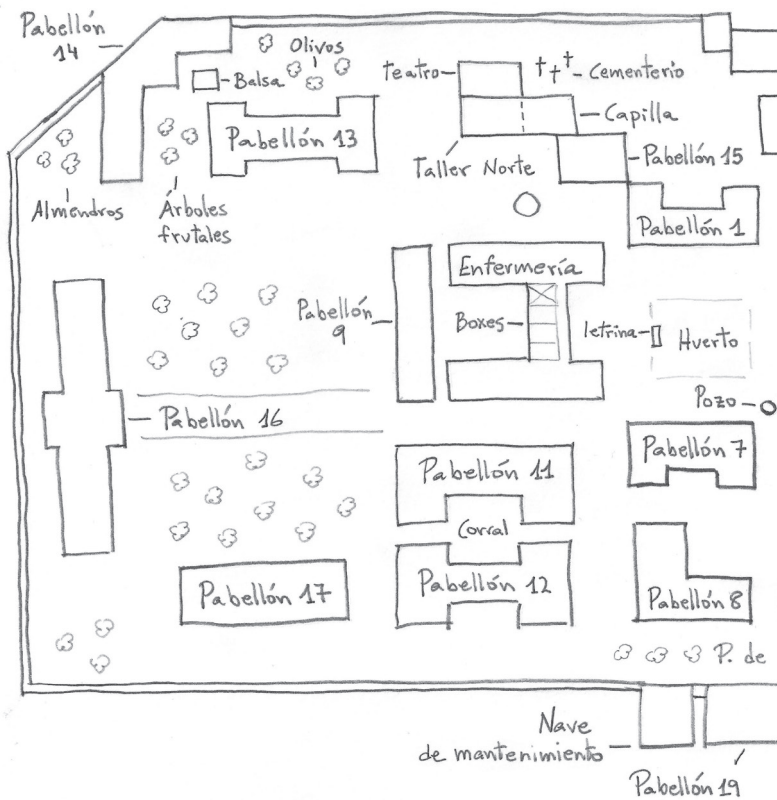
No deja de ser curioso—casi un acto de justicia poética—que los que mejor nos hemos adaptado al apagón hayamos sido los viejos, los que vivimos la era predigital, los que aprendimos mecanografía con máquinas de escribir, los que crecimos con un móvil dando vueltas en el techo y no en la mano, los que encendíamos velas cuando se iba la luz, los que nos afeitábamos con cuchilla, los que subrayábamos los libros con un lápiz o doblábamos la esquina para no perder la página, los que aprendimos a conducir sin GPS ni autodrive. En cierto modo, el apagón nos ha devuelto el prestigio perdido.

Un ejemplo clamoroso: los jóvenes de hoy día no saben idiomas. ¿Para qué, te preguntaban altivos antes del apagón, si el alephone te traduce al oído, en tiempo real, cualquier conversación que tengas con cualquier hablante del mundo entero? Ahora se han tenido que tragar su altanería. Desde que nos quedamos sin luz, la única información que nos llega del exterior procede del viejo transistor que Gustau encontró en el almacén. El problema (aparte de tener que racionar la pila) es que las radios de la Confedera-

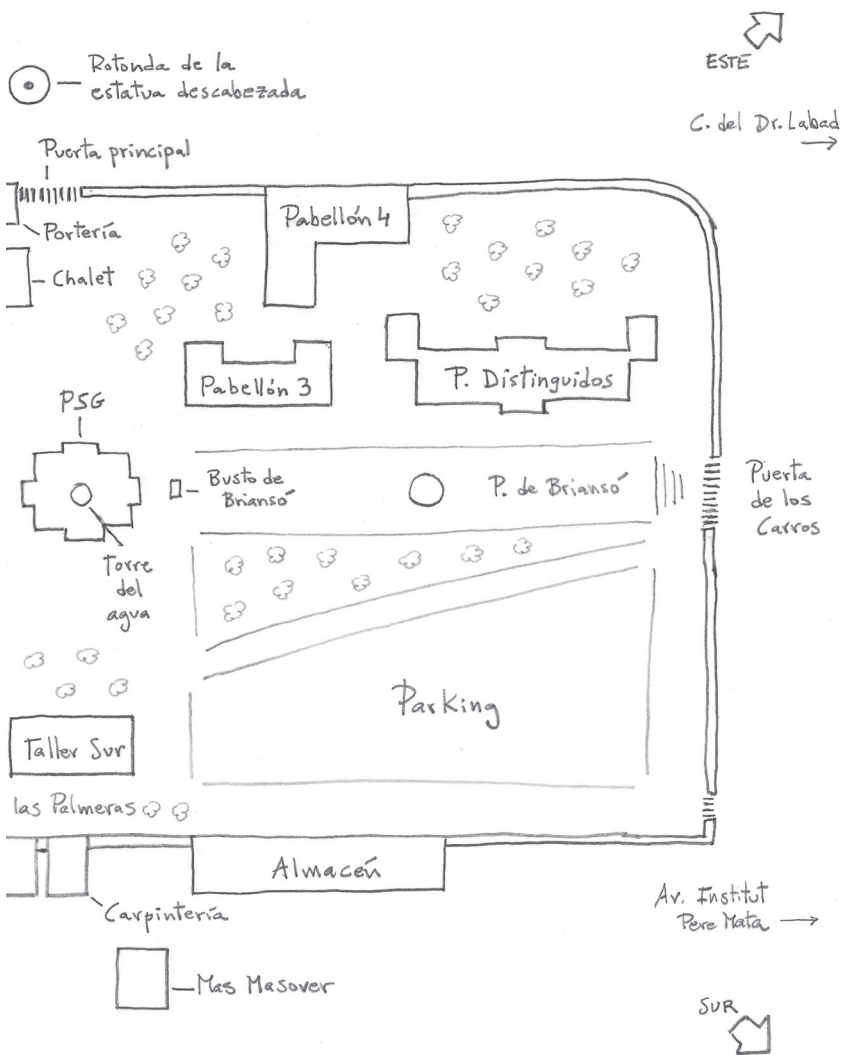
ción Ibérica han dejado de emitir. Y no me refiero tanto a RNC o RNE, intervenidas y censuradas desde hace tiempo, sino a las pequeñas emisoras piratas, que eran las únicas de las que podía uno fiarse. Ahora debemos conformarnos con las emisoras extranjeras, pero con la vieja radio a pilas es difícil captar otra señal que no sea la de France Inter o Deutschlandradio, que ofrecen la versión oficial de los acontecimientos, la que le interesa dar a la vieja Europa, con su fariseísmo de brazos abiertos y del hay sitio para todos, cuando solo un ingenuo o un imbécil puede tragarse semejantes patrañas. ¿Acaso se creen que no hemos oído hablar de los campos de refugiados, que no vimos las imágenes antes de que cortasen la red? Ahora bien, cuando milagrosamente conseguimos sintonizar alguna radio clandestina que emite en francés, italiano o alemán, ¿quiénes son los guapos que traducen esos idiomas incomprensibles para que los demás puedan saber lo que ocurre en el mundo? Los vejestorios políglotas, *oh yeah*.

Otra cosa buena que ha traído el apagón es que ha reducido las emisiones contaminantes, el aire se nota más puro y hasta parece que se haya frenado el dichoso calentamiento. Recuerdo que en junio del año pasado rozamos los 40° y este año el termómetro del PSG no ha superado aún los 33. El PSG es el pabellón de Servicios Generales, donde duerme la mayoría y donde dormía yo hasta que me esguincé el tobillo: nuestro cuartel general, por así llamarlo. Lo elegimos porque se encuentra en el centro del recinto y porque en él está la torre del agua, desde cuyo pináculo podemos vigilar los alrededores, aunque la existencia de varios puntos muertos nos obliga a hacer rondas perimetrales. También lo escogimos porque en los sótanos hay antiguos túneles que comunican con otros pabellones, como el 7 o el de los Distinguidos, e incluso uno más reciente, construido durante la guerra, que conduce al exterior del recinto

↙ NORTE
 ↑ Rascacielos
 ↑ Boca de la Mina



↙ OESTE
 Av. Monterols
 ↓



amurallado. Además, está al lado del huerto, cerca de la enfermería y no lejos de la entrada principal, que mantenemos cerrada a cal y canto. Aunque tampoco hay que obviar otro motivo más pragmático: es uno de los pocos pabellones que no funciona con persianas eléctricas y que aún conserva sus contraventanas originales. Pero será mejor que me deje de explicaciones y dibuje un plano, aunque solo sea para facilitar la lectura a esas generaciones futuras a las que finjo dirigirme, como esa criatura que Paula lleva en su vientre y que tal vez algún día quiera saber cómo era el lugar donde fue gestada. Allá voy.

Esta mañana he acabado agotado dibujando el mapa del Pere Mata. Llevo siete años aquí y me conozco al dedillo todos los pabellones, podría recorrerlos con los ojos vendados si quisiera, pero una cosa es conocerlos a pie de campo y otra muy distinta intentar reproducirlos a mano alzada. Tendré que pedirle a la doctora Lourenço que me baje más libros del altillo, pues me he visto obligado a empezar de nuevo tres o cuatro veces y he malgastado otras tantas hojas. Pero al final he acabado relativamente satisfecho y el ejercicio mental me ha venido bien, aunque me haya dejado exhausto. Así que he tomado una decisión: si no puedo ejercitar el cuerpo, mientras esté aquí postrado ejercitaré la mente. Al principio he pensado en aprenderme cada día uno de los haikus que aparecen en el poemario *Hay cus*, de la reusense Meritxell Salvadó, en cuyas hojas de cortesía estoy escribiendo estas líneas. Nunca había oído hablar de ella, pero leo en la solapa que estuvo internada en el Pere Mata en los años 30, aquejada de esquizofrenia. El libro lo publicó la editorial Rosa Rosae y tiene la particularidad (como era de prever) de que en todos los poemas hay por lo menos una Q. Pero al final he decidido que me voy a ejer-

citar de una manera más irracional, inspirado por otro de los libros que me bajó la doctora Lourenço del altillo: *La poesía de los números*, de Daniel Tammet, que incluye los 22 514 primeros decimales de pi con los que el autor logró el récord europeo de memorización.

Siempre me ha fascinado el rey de los números irracionales, desde que aprendí su existencia el día en que mi hermana corrió los mil metros en 3 minutos 14 segundos y 16 centésimas y exclamó: ¡He corrido en pi minutos! No tardaría en descubrir que se trataba de un redondeo y que los decimales de pi son infinitos. Años después me aficionaría a escribir sonetos irracionales, según la ingeniosa propuesta de Jacques Bens: en lugar de dos cuartetos y dos tercetos, el soneto irracional consta de un terceto, un verso suelto o monóstico, un cuarteto, otro monóstico y un quinteto, lo que hace un total de cinco estrofas de 3, 1, 4, 1 y 5 versos cada una. Tal vez algún día me decida a escribir un soneto irracional para matar las horas, ahora que parece que le he vuelto a coger el gusto a esto de desenfundar la pluma. En todo caso, mañana empezaré a memorizar los decimales de pi, a partir del quinto, pues los cuatro primeros ya me los sé. Podría empezar hoy, pero así coincidirá con mi convalecencia y me ayudará a llevar la cuenta: el punto de partida será el día en que me esguincé el tobillo, cuando aún estaba «entero»; y, a partir de entonces, empezarán los decimales. El jueves, el 1; el viernes, el 4; el sábado, el 1; hoy, el 5. Y así sucesivamente...

Lunes, 28 de junio

Si esto fuera una obra de teatro, lo que viene a continuación sería el *dramatis personae*. Quedamos cinco momias, cinco tullidos y dos trabajadores (o más bien extrabajadores, pues dejaron de cobrar tras el apagón). Estos son mis

abnegados compañeros de resistencia. ¿O debería decir de cautiverio?

Las momias:

- Bruno Cortés, 85 años, profesor de matemáticas jubilado y viudo. Bajito, enjuto, de envidiable pelo blanco y bigote de lápiz. Llegó al Pere Mata en el 58, poco antes que yo, procedente de Valencia. Congeniamos desde el principio.

- Elsa Zimmerman, 82 años, alemana de origen judío, se instaló en la Costa Brava al estallar la Tercera Guerra. Antes de exiliarse, vivía en Berlín, donde se ganaba la vida dando clases de piano. Vegetariana y macrobiótica, lleva siempre el pelo recogido en una trenza. Llegó al Pere Mata en el 61, de la mano de su pareja, Bertha Bauer.

- Bertha Bauer, 79 años, corresponsal alemana de la revista *Der Spiegel* desde los años 20, fue despedida por publicar un artículo a favor de la independencia de Cataluña tras el referéndum del 53. Lleva siempre el pelo muy corto y tiene los ojos de un azul imposible. A diferencia de la mayoría, Bertha y Elsa duermen en los miniapartamentos del pabellón 7.

- María Jaramillo, 94 años, andaluza de Cornellà, como ella misma decía cuando yo llegué. Desde que no toma la medicación, se le ha agravado el alzhéimer y se pasa el día en la cama, llamando a su madre. Del único hijo que venía a verla no hemos vuelto a saber nada desde el inicio de la moratoria.

Los tullidos:

- Vlado Krkovic, 46 años, exmilitar de rango variable (unos dicen que fue sargento, otros capitán y algunos teniente coronel; él ni confirma ni desmiente, así que lo más probable es que no pasara de cabo chusquero). De padre serbio y madre catalana, perdió un ojo y tres dedos de la mano izquierda en la batalla de Alcanar. Le apasionan las armas de fuego, lleva un parche en el ojo y está calvo como

una bombilla, por lo que nunca se separa de su vieja gorra militar.

-Jaume Casanovas, 37 años, nacido en El Prat de Llobregat. Perdió una pierna al estrellarse el helicóptero que pilotaba. Pelirrojo y pecoso, llegó al Pere Mata hace tres años, procedente del centro de mutilados de Sabadell, de donde tuvo que marcharse, según dicen las malas lenguas, tras liderar un motín que terminó con la muerte de un médico. Al poco de llegar, se enamoró de Paula Gómez y no tardaron en pasar por la vicaría.

-Paula Gómez, 36 años, la única reusense del grupo, aparte de mí. Morena y de ojos rasgados, perdió la mano izquierda en un accidente con el montaplatos del Hospital Universitari Primer d'Octubre, donde trabajaba de cocinera. Al funcionar por aquella época como hospital militar, le fue reconocido el estatus de mutilada de guerra. Casada con Jaume Casanovas, está embarazada de cinco meses.

-Linda Boix, 40 años, nacida en Medellín (Colombia), de padres catalanes. Transexual y tarotista, perdió ambas piernas durante la guerra de independencia al explotar una bomba lapa que habían colocado bajo la cama del coronel Aixalà, de quien era amante. Las prótesis biónicas que lleva, de fabricación coreana, vuelven loco a Vlado, con quien mantiene una relación de amor-odio que no excluye ni los gemidos ni los improperios.

-Unai Goia, 28 años, natural de Zugarramurdi, aunque residente en Cataluña desde pequeño. De padre navarro y madre guineana, tiene la piel canela y el pelo escarolado. Se quedó sordo de un oído siendo aún menor de edad, tras el estallido de la bomba que lo dejó huérfano. Al terminar la guerra, acudió al mercado negro para realizarse un implante coclear que ya no le sirve de nada, pues no puede recargar las pilas. Para más inri, últimamente escucha un

zumbido, seguramente causado por el propio implante, y se pasa el día murmurando para no oírlo.

Los extrabajadores:

- Audrey Lourenço, 52 años, traumatóloga. De madre francesa y padre brasileño, llegó a Reus para hacer un Erasmus, se enamoró de un compañero de la facultad y se quedó hasta terminar la carrera. Entró a trabajar en el Pere Mata tras su reconversión en geriátrico y centro de lisiados de guerra. De pelo cano y hermosos ojos verdes, perdió a su marido víctima del marburgo, lo cual nos unió desde el principio.

- Gustau Sanahuja, 50 años, jefe de mantenimiento del Pere Mata, conoce todos los rincones del recinto como la palma de su mano. A diferencia de los demás, duerme solo en el chalet, donde ya vivía antes del apagón, y Vlado asegura que tiene una acompañante en su cuarto, pues no soporta el contacto físico con otras personas (lo que se conoce como hafefobia). Afortunadamente para él, la gente ya no se toca al saludarse.

Está bien, lo reconozco: las edades las he puesto al tuntún. Pero ¿acaso los dramaturgos no se inventan las edades de sus personajes?

La doctora Lourenço ha entrado con la comida justo cuando terminaba el *dramatis personae*. No he podido evitar que me viera escribiendo. Me ha preguntado qué escribía. Un diario íntimo, le he dicho, con una mezcla de vergüenza y alivio. Entonces me ha preguntado si podía leerlo y le he dicho que no. ¿Por qué no? Porque la esencia del diario íntimo es que solo pueda leerlo el que lo escribe, si no menuda estafa de diario íntimo, ¿no te parece? Es como los secretos: un secreto compartido ya no es un secreto, es un chismorreó. Me ha mirado y ha sonreído. ¿No saldré yo en ese